BRAGAS, CUCOS, BOMBACHAS Y OTRAS INTIMIDADES DEL IDIOMA

Daniel Samper Pizano

En los tiempos que corren, no es extraño oír en Colombia un diálogo como el siguiente:

—¿Y qué? ¿Venís a parrandear con Diana o te foqueas? Palabra que la rumba va a ser un cacharro.

—No sé. Horita mismo estoy mamado, pero reconozco que me solla la sardina.

—Esa es una disculpa chimba. Venite con nosotros y le echás el cuento, no seas calceto.

—¿Y quién responde si me da materile y dice nanay cucas? Vos no, claro. Estás como intenso hoy, ¿verdad?

—Esperá, esperá, no te pongás bejuco conmigo que yo solo estoy proponiendo. Si querés, te largás a que te pechiche tu mamá y a otra cosa, mariposa.

—Está bien, me decidí. Voy, me pongo la pinta y arrancamos.

—Ahí está, man. Y si la sardina no te da ni la hora, la caés a alguna cuchibarbi. Para ponerla celosa, fijate.

—Pues no es mala idea, porque la pelada es un bollo pero se pone rejuda. A lo mejor acabo hasta de tinieblo del bagre.

—Pa'luego es tarde...

Resulta difícil entender exactamente lo que comentan los dos amigos, o llaves, o parceros, a menos que uno tenga a mano a un adolescente colombiano.

O, por lo menos, un glosario ad hoc, como puede ser el *Diccionario de colombiano actual* que publicó en 2005 el escritor Francisco Celis. Allí aparecen registrados casi todos los términos extraños de este diálogo que solo tiene sentido entre jóvenes colombianos al despuntar el siglo XXI:

Foquear: dormirse.
Cacharro: algo divertido.
Mamado: cansado.
Sollar: enloquecer.
Sardina: chica joven.
Chimba: falsa.
Echar el cuento: declararse.
Calceto: incumplido, faltón.
Dar materile: poner término, finalizar.
Nanay cucas: negativa enfática.
Intenso: insistente, reiterativo.
Bejuco: enfadado.
Pechichar: mimar.
Ponerse la pinta: usar ropa elegante.
Man: hombre.
Cuchibarbi: señora pasada de años que se viste como una muchacha y se maquilla en exceso.
Pelada: chica.
Bollo: persona muy atractiva.
Rejuda: mujer difícil.
Tinieblo: amante secreto.
Bagre: mujer fea y un poco mayor.

Si tenemos en cuenta que cada uno de los veintidós países con importante población hispanohablante tiene sus propios grupos juveniles, y que la comunicación de cada grupo funciona en torno a un código léxico tan hermético y caprichoso como el que propongo de ejemplo, es posible sacar una conclusión inmediata y fácil: el castellano está condenado a dividirse sin remedio.

Cuando estos jóvenes crezcan, les será imposible entenderse con otros que hablan, en teoría, su misma lengua, pero que son incapaces de descifrar lo que sus vecinos conversan.

Esta conclusión, sin embargo, es chimba. Siempre, y en todas las lenguas, ha habido modismos, germanías, lenguajes juveniles de código cerrado. Y, sin embargo, ninguno de ellos ha conspirado seriamente contra la unidad del idioma. Más tardarán en crecer los muchachos que hoy hablan de cuchibarbis y tinieblas que sus hijos en desarrollar nuevas jergas que derogan las anteriores o bien incorporan, limpian, fijan y dan esplendor a algunas de las palabras que usaron las generaciones anteriores.

Así se forman las lenguas. Piensen ustedes en el sustantivo 'bacán' (persona espléndida) y el adjetivo 'bacano' (estupendo). Hace un siglo nacieron en el léxico lunfardo de los bajos fondos de Buenos Aires; hace setenta años los cantaba en sus tangos el argentino Carlos Gardel; hoy están incorporados al *Diccionario* de la Real Academia Española y forman parte del vocabulario de muchos chicos que ignoran quién fue Gardel.

Los léxicos especiales no son un obstáculo realmente serio para la integración lingüística: chispean, en cambio, como signos de vitalidad de un idioma. Cada lugar y cada generación forja su propio glosario.

Actualmente en Colombia se llama 'gomelo' al muchacho educadito y de buena familia; es el mismo personaje que los padres llamaron 'cocacolo' y los abuelos, 'glaxo'. A mediados del siglo xx no existía en el país el narcotráfico. Era imposible, pues, que se hubieran creado términos que hoy alimentan la lengua cotidiana, como 'traqueto' (narcotraficante de poca monta, violento y exhibicionista), 'raspachín' (trabajador que participa en los menesteres más rudimentarios del procesamiento de cocaína), 'periquero' (consumidor de cocaína) o 'jíbaro' (vendedor callejero de droga).

A lo mejor dentro de dos generaciones estas palabras habrán ido a parar al baúl del desuso, como ocurre ahora con muchas que hace un siglo eran términos habituales de agricultores y campesinos. A lo mejor, también —¿por qué no?—, algunas de ellas ocuparán lustrosa poltrona en el diccionario mayor. Así ha acontecido con otras que en su momento no eran más que modismo callejero.

Un hecho inevitable, producto de la variedad del español, es que determinados objetos reciban nombres diversos en países distintos. Ejemplo curioso es el de la encantadora prenda íntima femenina que en buena parte de América se conoce con el prosaico nombre de 'calzones'. Argentina los llama 'bombachas'; Venezuela, 'pantaletas'; Colombia, 'cucos'; España, 'bragas'. Si se pretende conservar la unidad del idioma, hay solo dos posibilidades. Una es aprender las distintas denominaciones de la prenda, tarea que no resulta ni ingrata ni difícil. Es la que yo escogí. La otra, a la que parece empujarnos la cruel realidad, consiste en unificar el nombre acudiendo, si es preciso, a un término extranjero. La palabra 'panty' se perfila como posible koiné para designar en todos nuestros países a la inquietante pieza.

El *Diccionario* de la Real Academia ya se atrevió en su última edición (2001) a incluir y definir 'panty' en sus páginas, con la advertencia, eso sí, de que se trata de una voz inglesa. Cuatro años más tarde, el *Diccionario panhispánico de dudas* avanza un paso más. Incorpora 'panti', con i latina; la da por buena —aunque con leves diferencias de significado— tanto en España como en América; señala que su plural es 'pantis' y, en clara desautorización al DRAE, recomienda evitar la forma 'panty'. No aparecen, en cambio, 'bragas', 'calzones', 'cucos' ni 'pantaletas'. Solo las bombachas hacen una triunfal y solitaria aparición en el *Panhispánico*.

¿Dinamitan la solidez universal del español las jergas peculiares, como aquella que se representa en el diálogo inicial de esta nota? ¿El empleo de sinónimos locales como los que designan la prenda íntima femenina nos condenará a no entendernos? Personalmente no lo creo. Muchos textos del Siglo de Oro revelan la existencia de germanías consolidadas que al final desaparecieron, no sin antes legar algunas palabras a la corriente universal del idioma. Estas aguas son más poderosas que las de los

arroyos que en ellas tributan, las subsumen y se enriquecen con su aportación. Y, en cuanto a los términos diversos para un mismo objeto, en caso de que fuera importante hallar una palabra que abarque una diversidad de sinónimos —por tratarse de un producto comerciable y anunciable en amplios mercados, por ejemplo—, aparecerá esa palabra, aun si es necesario adaptarla de otra lengua. De lo contrario, seguirá siendo tema de charlas amenas entre vecinos y de asombro divertido entre ciudadanos de la misma lengua.

Ahora, confidencialmente, si algún día se impusiera una improbable democracia semántica por Internet —una democracia que sometiera a votaciones electrónicas la adopción universal de ciertos términos—, ¿cuál elegiría usted entre los ya usados para nombrar la prenda de marras? Mi voto va por 'cucos'. ■

Daniel Samper Pizano es redactor del periódico colombiano *El Tiempo*.